

contradicciones y de la presuntuosa ignorancia; si los planteles del Estado podrán hacer fuerte al entendimiento, siquiera en la peor de las escuelas; si lo informarán con el hábito de algun sistema completo de doctrinas aunque sean erróneas. Imposible, porque no poseen tal cuerpo de doctrina. Ningun edificio completo pueden levantar en el entendimiento. Pero no es esto todo; no solo son radicalmente impotentes para edificar, sino que necesariamente destruyen tambien todo lo que estaba construido. Al hacer despreciable toda autoridad y nulificar la razon, barren del alma todas las ideas salvadoras que la autoridad paterna habia depositado en ella. Y pluguiera á Dios que no causaran otro mal mucho mayor. ¡Ah! El daño incomparable que hacen á el alma es la esterilidad completa á que la reducen para siempre; es la insensibilidad desesperante en que la dejan, la muerte perpétua á que la condenan. ¿Qué voz habrá, Señores, tan autorizada que se imponga á uno de esos jóvenes, acostumbrados á reirse del mismo Dios? ¿Qué demostracion habrá tan concluyente que lo rinda, cuando en el centro de su alma se ha arraigado la desconfianza absoluta de la razon, cuando allí se ha encastillado la desoladora duda?

Si el entendimiento del discípulo es como un campo, y el maestro su cultivador, resumiré mi pensamiento diciendo: que los profesores del Estado sacan de raíz todo lo que estaba plantado en el campo del entendimiento de sus alumnos; revuelven en todos sentidos ese campo sin llegar á cubrirlo ni de malas plantas; y no hacen mas que saturarlo de la inmundada sal del escepticismo, de la que nadie sabrá jamás expurgarlo y que lo hace estéril por completo y para siempre.

¿Qué se podrá replicar á todo esto? ¿Acaso que en las escuelas oficiales no se agitan mucho las cuestiones árduas que dividen los ánimos; que no agradan allí mucho las ciencias de raciocinio y se cultivan casi exclusivamente las experimentales, menos expuestas á debates enojosos, principalmente cuando se admite como único criterio el de los hechos? Pero, Señores, ¿no es verdad que semejantes escuelas llevan á las generaciones por el camino más breve y llano hácia el materialismo y el escepticismo práctico? Así lo atestiguan la historia y nuestra propia experiencia.

Además, si es cierto que en colegios nacionales se ven con insultante desdén las cuestiones abstractas y las que se rozan con la Re-

ligion, tambien es verdad que las más importantes se agitan con tanta frecuencia como superficialidad; y es evidente que tanto la falta de estudio como el desprecio con que se tratan, contribuyen poderosamente á que se engendre el escepticismo en la mente de los alumnos. “El libar la ciencia hace á los hombres incrédulos; el beberla les da la fé,” dice Cantú. Muy sabidas son estas palabras de Bacon de Verulam: “*Leves gustus in Philosophia movent forte ad atheismum; sed pleniores haustus ad Religionem reducunt.*”

En fin, Señores, ¿se querrá prescindir de las cuestiones relativas á los órdenes moral, social y político que no se resuelven por el cálculo matemático, ni por los experimentos físicos ó químicos? No se querrán ventilar las cuestiones del origen de las ideas, de la libertad, la autoridad y demás vínculos que unen á los hombres en sociedad? Que se cierren entónces las cátedras de Filosofía, Derecho y Economía política. Tendremos en vez de abogados, tinterillos con su constitucion por único texto; y en lugar de médicos, empíricos curanderos.

No, Señores, jamás los colegios del Estado podrán lavarse de esa mancha: el terrible cargo de que engendran el escepticismo en sus alumnos, cae sobre ellos inevitablemente como efecto necesario de su enseñanza irremediamente contradictoria é incompleta, ya sea que los gobiernos elijan los profesores á quienes no pueden mandar que abriguen las mismas ideas; ya sea que los elija el pueblo que como se supone de opiniones mixtas, hará que lo mismo sean sus elegidos. Aduzco pruebas para que se vea en ellas el origen y la gravedad del mal. Resuelvo objeciones para que á nadie quede un solo efugio. En cuanto á la existencia del mismo mal, la conciencia pública está convencida de ella, y la experiencia nos la está manifestando. ¿Quién no se ha encontrado con alguno de esos jóvenes escolares decepcionados, llenos de dudas, que á las demostraciones mas concluyentes contestan con un frio “¿quién sabe?” con un mortal “puede ser,” ó “tal vez?” ¿Quién podrá arrojar un rayo de luz tan intensa que hiera esas inteligencias ciegas á la misma evidencia? ¿Quién podrá volver á la vida á esas almas muertas para la verdad y que yacen bajo la loza inamovible de la duda? Solo un milagro extraordinario de la gracia es capaz de tanto.

Cuando yo medito esto; cuando advierto que la mayor parte de la nueva generacion así de México como de toda América y Europa se educan en esos planteles, semilleros de escépticos, me lleno de te-

mor por la suerte de la humanidad, tiemblo por el porvenir de mi patria, lloro y siento mi pecho henchido de fuerte indignacion, que nadie negará sea justa, y tengo que hacerme violencia para no maldecir á tantos apóstoles de la impiedad, desdichados Caines que no temen inmolarse á su inocente hermano y que se verán confundidos delante del divino Juez que ha dicho: "Ay de aquel que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mejor le sería que le colgaran del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno y así fuese sumergido en el profundo del mar."

De lo expuesto me creo con derecho para concluir que las escuelas del Estado son radicalmente impotentes para formar sábios, porque necesariamente tienen que producir escépticos, los que como desconocen la fuerza de la demostracion, que es la causa de la ciencia, serán á lo sumo, grandes sofistas, plagas de la sociedad; pero nunca verdaderos sábios.

¿Y podrán formar hombres virtuosos? ¿Serán capaces de encaminar la voluntad hácia el bien? podrán educar, ya que son inhábiles para instruir? Lo podrán si tienen la virtud de hacer milagros; de producir el efecto sin su causa connatural. La voluntad es una facultad ciega, el entendimiento es su guía, y por esto dice el axioma, que nada se quiere si no se conoce. Natural es, pues, que el hombre arregle su conducta de acuerdo con las doctrinas que profesa; y aunque á veces ve lo mejor y lo aprueba, y hace lo peor, esto no sucede sin violentar la naturaleza, y lo violento no es duradero.

Esta consideracion hacia sin duda, exclamar en los siguientes términos, al grande Obispo de Michoacan, el inmortal Munguía; "hace algunos años, que tengo una idea profundamente radicada en mi alma, y es, que las doctrinas deciden en último resultado de la suerte de los pueblos... Los desconciertos filosóficos han precedido siempre á trastornos políticos; y el Santo Fundador de la Iglesia, al establecer la mision reformadora que habia de regenerar á la sociedad, resolvió en todo sentido la célebre cuestion; predicó antes de todo; mandó que sus discípulos comenzasen por enseñar. San Juan, inspirado por el Espíritu Santo, manifestó que todo subsiste por la fé, y el Apóstol de las gentes dijo que la fé entra por el oído con la palabra de Dios. Todo está pues, vuelvo á decir, en las doctrinas."

Mas las doctrinas no deciden de la suerte de los pueblos sino porque deciden de la de los individuos que los componen, pues que

de las ideas nacen las aspiraciones, y de estas, las acciones y todo el curso de la vida. Según esto, ¿cuáles deberán ser las inclinaciones que las escuelas laicas del Estado imprimen en sus alumnos? es decir: ¿cuál será la vida de los que niegan ó ponen en duda la inmortalidad del alma, la existencia de la otra vida, los premios de la virtud y los castigos del vicio y aun la misma distincion esencial entre el vicio y la virtud? ¿Cuál será la moral de los escépticos, de los que no esperan, ni aman porque no creen? Seguir las inclinaciones de la naturaleza, obedecer sus instintos, guiarse solo por el deleite y el dolor, hundirse en los goces materiales, revolcarse en el fango mientras llega la muerte donde desaparece por completo y para siempre el hombre. Tal fué la moral de Pirron, del Baron d' Halbach, de los escépticos antiguos y modernos y tal será por ende la que profesen lógicamente los educandos del Estado. Ni ciencia ni virtud, hé aquí el lema que debía escribirse en las puertas de esas escuelas.

Consultad la experiencia y ella os dirá si esta teoría se halla de acuerdo con los hechos.

No puedo creer que los padres de familia conozcan todo el mal que hacen á sus hijos poniéndolos en tales colegios. Tal vez piensan que no corren ahí mas que un peligro remoto de manchar más ó ménos su moral conducta, y al que se pueden exponer por alcanzar algun día el título y la gloria de sábios. Quizas suponen que repararán las pérdidas de la juventud cuando esta pase, cuando recobren su influjo los buenos principios que se les infundieron durante su niñez. ¡Qué engaño tan completo y tan funesto! Ni el peligro de perversion en las costumbres y en la fé á que exponen á sus hijos es remoto, sino próximo y casi necesario; ni llegarán estos á ser sábios, como lo habeis visto; ni los buenos principios infundidos en su niñez fructificarán jamás, porque el viento de la duda los arrancó de su alma, dejándola seca, árida, incurablemente sorda y ciega para toda buena enseñanza. En fin, los educados por el Estado, lógicamente y por regla se entregarán á la crápula y al libertinaje, no contra los dictámenes de su razon, sino obedeciendo á las doctrinas que profesan: serán disolutos por sistema, por conviccion. ¡Oh abismo de iniquidad! Cuando se hace el mal que se reprueba y se deja de practicar el bien que se aprueba y se ama, se puede esperar que llegue un mo-

mento en que se escuche la voz de la conciencia, en que los principios salvadores que aún viven en el alma, recobren su imperio; mas cuando se hace el mal por sistema, de acuerdo con las ideas que el entendimiento abriga y que siempre abrigará, entónces es menester abandonar toda esperanza: *lasciate ogni speranza.*

Ya no direis que exagero si afirmo, y esta es mi convicción, que es mayor mal frecuentar las escuelas del Estado que frecuentar los mismos lupanares: aquí muere la virtud, allí la virtud y los principios.

Con razon Víctor Hugo, el patriarca actual de la impiedad, en un momento de lucidez, al considerar atentamente este asunto, prorumpió en estas vehementes expresiones: “deberían ser llevados á los tribunales los padres que envían á sus hijos á las escuelas en cuyas puertas está escrito: “Nada de Religión se enseña aquí.”

Ahora yo os suplico que me digáis, señores, si los ateos gobiernos revolucionarios pueden declararse maestros de los pueblos; si es justo que nos estrechen á que depositemos en sus manos los fondos destinados á la enseñanza pública, para que doten á las sociedades con escuelas que, por un vicio que su íntima constitucion entraña, tienen que imbuir á sus alumnos en las máximas de la impiedad, del escepticismo y del libertinaje. ¿Será tolerable que violen sus promesas de imparcialidad, neutralidad y libertad en materia de creencias y doctrinas; que se arroguen el derecho sobre la enseñanza de la juventud, cuando han declarado que no siguen ninguna escuela filosófica ni profesan religion alguna porque representan á un pueblo que no tiene creencias y opiniones comunes; y por último, que usando de la fuerza bruta se proporcionen sumas respetables para venir por esta série de crímenes, á fundar y dotar prodigamente los planteles del error y del vicio? ¿Es liberal semejante conducta? ¿Es democrático ofrecer á una juventud católica en su inmensa mayoría escuelas tales? Pero hay algo más que ofrecimientos. Se la convida con instancia, se la estrecha á concurrir á ellas ya rodeándolas de brillante aparato, ya nulificando y poniendo trabas á la enseñanza católica; ya, por último, valiéndose de la fuerza física.

Ah! el ánimo se exalta, al considerar la triste condicion á que los católicos han quedado reducidos en muchos países. Si un padre católico no se deja engañar por bellas apariencias; si no quiere ver á sus hijos víctimas del error y del vicio, tiene que pagar un maestro privado despues de dar su fuerte contingente para que viva lujosa-

mente el maestro impío. —Si un jóven desea adquirir un título para ejercer una profesion literaria, tiene que hundirse necesariamente y por muchos años en esas cloacas, en esos colegios sin Dios. Tiene que pasar por ese crisol maldito que lo despoja inevitablemente de sus creencias y de todo elemento de virtud, lo impregna de un hábito deletéreo que envenena toda su existencia.

Si un padre quiere ver á su hijo médico, abogado, etc., se le sale al frente con esta tiránica disyuntiva: ó arrojas á tu hijo, se le dice, en brazos de la impiedad y de la prostitucion, ó prescindes de tu intento: ó sacrificas su alma sobre el negro altar de la duda y el vicio, ó te resuelves á sofocar sus nobles aspiraciones, á ahogar los deseos que el amor de padre te inspira. Cuán duro, cuán tiránico sea este proceder, lo conocerá tan solo el que haya sido víctima ó testigo de las angustias de conciencia que trae á los padres y á los jóvenes católicos esa terrible disyuntiva que les hace vacilar entre orillarse al abismo, ó mas bien, arrojarse á esa trampa, hecha para coger cristianos, ó quedarse en la masa comun y decir adios para siempre á una esperanza que les sonreía, á un porvenir brillante y justo con que habian soñado.

¿Qué importa, católicos, que no lleveis cadena al cuello ni hiera vuestras espaldas el cruel azote, si á la sombra de la libertad, está encadenando la mentirosa revolucion el alma de vuestros hijos al carro de la impiedad y del vicio: si bajo el pretexto de henchirlos de ciencia atrae á los jóvenes á esas máquinas infernales en que se modelan su alma, su entendimiento y su voluntad, sus hábitos y su vida toda, segun el ideal concebido por la impiedad? Los católicos tienen para sus hijos la libertad del burdel y del garito; pero solo con heroicos esfuerzos podrán librarlos de la propaganda diabólicamente astuta de la revolucion.

La naturaleza, ó mas bien, su Autor pone al hijo en las manos del padre para que cuide de su vida física y moral; para que lo sustente y lo eduque. Así lo dicta la razon, lo proclama la naturaleza, así lo han entendido los legisladores dignos de este nombre, así lo quiere Dios. Sustraer pues al hijo del influjo del padre para destruir su educacion é introducir una nueva que repugna á su conciencia, y á sus justos deseos, constituye un atentado contra el mas santo de los derechos. Y ¿no es esto lo que está haciendo la revolucion en mu-

chos países ya poniendo trabas en unos y nulificando en otros la enseñanza católica; ya tratando de establecer y sostener por la fuerza bruta sus escuelas laicas obligatorias y, según proclaman, gratuitas? ¿No veis como se apodera de los niños en estado de materia prima, cuando sus almas están blandas como la cera, aptas para recibir las impresiones que se quieran y que después conservan con más tenacidad que el bronce? En tal estado les infunde sus ideas, les comunica sus inclinaciones y les forma sus hábitos; los liga con cuerdas que nunca ó muy difícilmente romperán, los hunde en el fango y entonces les dice: "Sois libres, agitaos en el sentido que queráis!" ¡Qué amarga burla!

Para llevar á cabo su obra el liberalismo necesita violar promesas solemnes hechas á los pueblos, derechos tan sagrados como el de paternidad; tiene que hollar los fueros de la razón, de la naturaleza y de Dios mismo; pero ya está acostumbrado á no vacilar ante semejantes obstáculos. El dice en el lenguaje terrible de los hechos, á los padres de familia: "entrégame ese infante puro como un ángel, á quien has criado con tantos cuidados; dame esa alma virgen que esperabas hacer retrato de la tuya; en la que creías revivir y perpetuarte. No será así; ella ha de reproducir mis ideas, y no las tuyas: esa inocencia aún no manchada, gracias á tu incansable vigilancia, ha de ser víctima de un garito de discolos: ese cuerpo tan floreciente ha de ser pasto de la corrupción. Qué ¡lloras al dármele? más llorarás cuando lo recibas; entonces te irritará su indocilidad, su insolencia te hará temblar, y desesperar su libertinaje. Sin embargo, esto es necesario; la ley es inexorable: ofrece tu hijo á Moloch y da la paga al Sacerdote sacrificador." Hé aquí, al Dios Estado exigiendo al padre el holocausto de todo lo que le es más caro: el cuerpo, el alma, la inocencia de sus hijos, la esperanza, el honor y la tranquilidad de su familia. Jamás se había visto sobre la tierra tiranía semejante á esta!

No puedo dejar de decir dos palabras acerca de una objeción que naturalmente ocurre, y sin duda os preocupa. Qué, direis, ¿el Estado no debe ocuparse para nada de la instrucción pública? No he dicho yo tal cosa, señores; ni podía decirlo porque creo que los gobiernos deben cuidar mucho de la instrucción del pueblo; pero dadas las circunstancias en que se han colocado los gobiernos demócratas, creo también que incurran éstos en contradicciones monstruosas al

declararse maestros de los pueblos, institutores y pedagogos de la juventud, como me lisongeo de haberlo ya demostrado.

Opino, pues, que tales gobiernos, si quieren proceder de acuerdo con sus principios, podrán fomentar la instrucción cumpliendo sus promesas, prestando libertad y seguridad á todas las religiones y escuelas, estimulando á las diferentes religiones y aún obligándolas á que desempeñen el ministerio de la enseñanza.—La Iglesia católica tiene la conciencia de su deber, de la misión que su divino Fundador le confió, de enseñar á todos los pueblos: *docete omnes gentes*; y siempre ha procurado desempeñarla.—Podrán también los gobiernos fomentar la instrucción, estableciendo academias superiores de hombres ya formados, decretar premios que los alienten, tener consideraciones y protección para el mérito, y valerse, en fin, de otros medios; pero jamás podrán lícitamente encargarse de la formación de las generaciones; mucho menos tendrán derecho para hacer que los particulares depositen en sus manos los fondos que se han de emplear en dicha formación; porque los gobiernos tantas veces mencionados, no teniendo Dios, ni religión, ni perteneciendo como gobiernos á alguna escuela doctrinal, porque los pueblos que representan no pertenecen á una sola escuela, no tienen nada en que formar á las generaciones; y así, declararse sus institutores y maestros es contradecirse á sí propios y constituirse ministros del absurdo y de la tiranía; es atar las conciencias, encadenar las almas á la vez que se está predicando la más amplia libertad.

Ni creais, señores, que la esclavitud del pensamiento, resultado forzoso del monopolio de la enseñanza, sea un mal que la revolución vea con dolor y trate de evitarlo; no; la intenta, la desea aunque no la intenten ni la deseen muchos liberales, instrumentos ciegos de su facción; es el anhelado objeto de sus más gratas esperanzas; porque en realidad, tal esclavitud no es otra cosa que el comunismo en las ideas, el comunismo espiritual preámbulo necesario y base indispensable del comunismo en el dinero y demás bienes materiales, que es el término necesario, el fruto último y más delicado de la Revolución.

Thiers, testigo nada sospechoso, dará fé de todo esto. En este nuevo comunismo, dice, que tiende á fundir á los individuos en el todo, el todo en los individuos, á quitar á cada uno el cuidado de su vida para encargarse de él, se llega, por esta confusión de existen-

cias individuales, que destruye la libertad del hombre, que suprime el empleo de sus facultades, que refunde su acción en el Estado solo, se llega, digo á una adición gigantesca, que contiene el haber de todos individuos: y así como se tiene que reunir su haber, sería necesario reunir también su espíritu, sus miras, sus facultades, para igualar sus solicitudes y dar cuenta segura de sus bienes.

Delaroyer, magistrado francés, es más explícito. La ley sobre la enseñanza, dice, no hace otra cosa que consagrar el principio del socialismo manteniendo la omnipotencia del Estado sobre la instrucción; tal vez no sobre la ciencia propiamente dicha, pero sí sobre la moral, sobre todo lo que es del resorte de la conciencia, sobre lo que debe dirigir los pensamientos y las acciones.

Debo terminar ya señores; he fatigado demasiado vuestra atención, perdonadme esta falta; no he podido dejar incompleto el cuadro de mi asunto y aunque fuera á grandes rasgos me propuse acabarlo. Os confieso que he pasado con dolor de un punto á otro, de una prueba á otra; ocurriárame nuevas reflexiones sobre el punto que dejaba; podía haber dado más luz y firmeza á cada prueba. Y en este momento, al verme obligado á contener dentro de mí mismo el torrente de ideas y sentimientos con que inunda mi alma ese asunto, objeto de muchas y largas meditaciones, que mil veces ha conmovido todo mi ser, que ha henchido mi pecho, ya de ira justísima, ya de noble valor y otros levantados y vehementes sentimientos; que veces sin cuento ha hecho brotar de mis ojos lágrimas ardientes; en este momento, señores, yo me siento irresistiblemente impulsado á hacer un llamamiento formal á mi ilustrado auditorio; á los hombres de buena voluntad y de corazón bien nacido; á todos los que tengan una alma impresionable siquiera por la mayor de las calamidades, para que por su amor á la Religión y á la Patria, se interesen en favor de la nueva generación, que debía ser la esperanza de ambas y que se ha convertido en su más formidable amenaza porque se halla en manos de la revolución que hará de ella el terrible instrumento para la realización de sus perversas miras.

Mirad, os ruego, señores, á la juventud arrastrada en su inmensa mayoría á los talleres de la impiedad, de la masonería, del comunismo, de la nefanda revolución. El fraude y la tiranía del liberalismo, de acuerdo con la cruel indolencia y la criminal complicidad de los padres de familia, la retienen en esos ta-

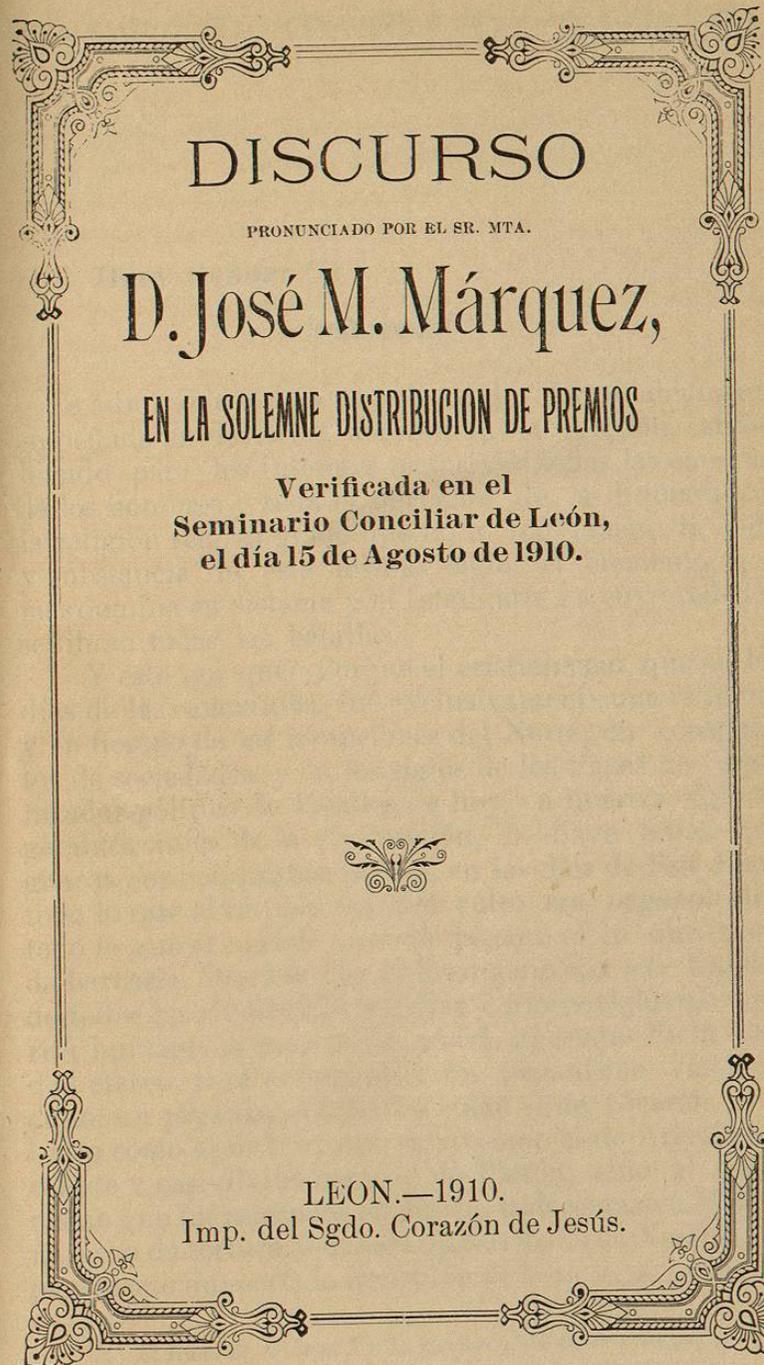
lles malditos durante la mejor época de la vida, que es en la que se adquieren las ideas y se forman las costumbres que duran hasta la muerte. Allí pasan la adolescencia, tiempo precioso y decisivo, pues como el Espíritu Santo enseña y la experiencia de todos los días proclama, por la senda que el hombre camina en la adolescencia por esa caminará en la juventud, y en la edad madura, y no la abandonará aunque llegue hasta la vejez. Compadeceos pues de esa multitud innumerable de inocentes víctimas. Abrid los ojos de los ilusos que creen llevar á sus hijos al santuario de la ciencia cuando los conducen á las ateas escuelas del Estado; hacedles ver claro su feroz crueldad, el enorme crimen de que se hacen reos ante Dios y ante la Patria. En fin, Señores á vosotros toca desenmascarar al infame liberalismo que predica libertad y practica la tiranía más bárbara. No permitais que abuse impunemente del sagrado nombre de libertad. Descubrid ante el mundo todo sus mentiras. Marcadle el alto cuando quiera traspasar los límites que él mismo se ha señalado. Conoced vuestros derechos y defendedlos con denuedo: sacudid el yugo que trata de imponeros. O qué, ¿os resignareis á sufrir la cruel burla de sus promesas no cumplidas, la violación sacrilega de los derechos más indiscutibles y santos que está llevando á cabo tranquilamente con sus escuelas monstruos, que son la encarnación del absurdo, templos malditos en que se inmola la inteligencia y el corazón de nuestra juventud? Os resolveréis á seguir sosteniendo con vuestro dinero esas escuelas sin protestar siquiera contra el abuso por el que se os hace tener asalariados á los que son vuestros enemigos por serlo de vuestra conciencia y de todo lo que os es más querido? ¿Permanecereis impassibles viendo que la Revolución después de violar sus promesas y de haceros pagar propagandistas enemigos, pone trabas á nuestras escuelas, las nulifica, monopoliza la enseñanza, establece la escuela laica obligatoria y, hollando el más santo de los derechos humanos, el de la patria potestad, ajusta el alma de vuestros hijos no al ejemplar que vosotros legítimamente deseais, sino al molde impío fabricado en los talleres de la masonería? Sucederá así? No lo creo; amais mucho á vuestra Religión y á vuestra Patria, y no llegareis á tal extremo de indolencia; os respetais á vosotros mismos lo suficiente para no hundiros en semejante degradación.

Noble juventud, objeto dignísimo de la presente solemnidad, foco

de la alegría que baña nuestros semblantes y llena de dulcísima emoción mil corazones, grata esperanza de la Religión y de la Patria, ¡oh nobles jóvenes! no, no digais que os he olvidado; vosotros habeis inspirado los conceptos que acabo de verter y sois tambien su objeto; á vosotros principalmente se dirijen, ya para descubrirós las redes que se os tienden, ya para indicaros la mision, difícil sí, pero elevada y altamente benéfica, pero gloriosa y augusta que debeis desempeñar, y es la de salvar á aquellos de vuestros hermanos, no tan felices como vosotros, la de redimir á los esclavos de la libertad.

Dentro de breves momentos ceñirá vuestras frentes el envidiable laurel de la victoria adquirido en el mas glorioso de los triunfos. En esos instantes de felicísimo éxtasis, bullirán en vuestro agitado cerebro mil sueños de ventura. Dirigireis vuestras miradas al risueño porvenir.

Ah! yo os ruego, queridísimos jóvenes, que no limiteis vuestras ambiciones á una posicion brillante y placentera en esta vida falaz. Nó, hay una causa sagrada que defender, la causa de la Religión y de la Patria vinculada en la causa de la juventud. La Religión y la Patria necesitan urgentemente denodados campeones. Ellas tienen fijadas sus miradas en vosotros, en vosotros cifran sus esperanzas; ¿saldrán fallidas? ¿quedarán defraudadas? ¡Imposible! no será así. Lo presiento, lo sé. Vosotros, caminando bajo la égida del Omnipotente, traereis á ambas dias de gloria, dias de verdadera ventura. Tales son los votos mas fervientes que hoy envia al Cielo el admirador entusiasta de vuestros nobles triunfos.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. MTA.

D. José M. Márquez,

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

Verificada en el  
Seminario Conciliar de León,  
el día 15 de Agosto de 1910.

LEON.—1910.  
Imp. del Sgdo. Corazón de Jesús.